

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

DISCURSO

LEIDO EN LA APERTURA

DEL CURSO ACADEMICO DE 1943 a 1944

POR EL

Dr. D. Serafín Pierna Catalán

Catedrático de Higiene y Microbiología Médica



Imprenta "Cervantes"
Cuesta de Sancti-Spíritus, 12
SALAMANCA
1943

LOS GRANDES CONFLICTOS SOCIALES
Y SU REPERCUSION EN EL ESTADO
:-: SANITARIO DE LOS PUEBLOS :-:

A.S.
DISC
1943-1944

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

DISCURSO

LEIDO EN LA APERTURA

DEL CURSO ACADÉMICO DE 1943 a 1944

POR EL

Dr. D. Serafín Pierna Catalán

Catedrático de Higiene y Microbiología Médica



Imprenta "Cervantes"
Cuesta de Sancti-Spiritus, 12
SALAMANCA
1943

MAGNIFICO Y EXCMO. SR. RECTOR E ILUSTRISIMOS
SRES. DE LA PRESIDENCIA.

SRES. PROFESORES.

SEÑORAS Y SEÑORES.

Sean mis primeras palabras al comenzar este acto para dirigir un recuerdo a la memoria del Dr. Núñez García (D. Arturo), fallecido en el presente año.

Jubilado poco antes de su muerte el Dr. Núñez, Catedrático de Histología y Anatomía Patológica que fué de esta Facultad de Medicina, de la que también fué Decano, dedicó su larga labor docente a esta Universidad, poniendo en ella sus máximos entusiasmos. A su probada competencia, unía una modestia poco común y sobre todo era un hombre bueno.

Por todo ello y para él, os pido un recuerdo y una oración.

Un deber reglamentario me impone, el ser, quien en el día de hoy haga la llamada Oración Inaugural, en esta solemnidad académica. La Ley determina que sea breve y esto es una suerte para mí, al facilitarme la obra, pero sobre todo para vosotros que os veréis libres de una agresión con todas las agravantes, larga, farragosa, doctrinal, al fin y al cabo que si no es buena, sea corta.

No penséis al leer el enunciado del tema, que en él se desarrollan motivos originales o ideas nuevas, no; todo lo que en él se trata es materia conocida por todos, o por lo menos, si no bien

conocida, sentida. Cumpliendo la prometida brevedad de un tema que podría tener una amplitud desmesurada, lo limitaremos a aquello que afecta a nuestro país y dentro de ello solamente a lo más visible, a lo que podríamos llamar grandes causas, pues de querer abarcar todos los factores que lo integran, tanto de índole material como moral y llegar al fondo de sus males y remedios, esta brevedad sería imposible.

No hay conflicto social alguno que no repercute más o menos sobre la salud pública.

No hay conflicto social que no se traduzca en un aumento de morbosidad y mortalidad inmediata de los individuos y en una degeneración más o menos perceptible de las estirpes y de las razas.

De tal suerte es esto cierto, que los Médicos sociólogos podrían hacer una crítica de la historia de la civilización de los pueblos con solo demostrar esta influencia sobre su estado sanitario. Y acaso en esta crítica se descubriera que el apogeo y la decadencia de las Naciones, el predominio y retroceso de los pueblos en el curso de la Historia ha reconocido casi siempre como causa íntima y sustantiva algún motivo orgánico de decadencia física.

Concretando y entrando de lleno en el tema, nos encontramos con nuestra patria, afortunadamente aislada del conflicto mundial actual, quizá uno de los mayores que registra la Historia de los pueblos. A pesar de esta situación privilegiada, convaleciente de nuestra pasada guerra y afectada directa e indirectamente por esta enorme conmoción, no podía escapar indemne de las múltiples consecuencias que de ello se derivan y que necesariamente tenían que atentar a su estado sanitario.

Efectivamente, basta repasar a la ligera los datos estadísticos que se acompañan para darse cuenta que la mortalidad global ha sufrido un aumento con particularidad en la mortalidad infantil, que ha habido aumento en las defunciones por Tuberculosis y que las enfermedades infecciosas han dado un contingente que en épocas normales no hubieran dado.

MORTALIDAD Y NATALIDAD TOTAL A PARTIR
DEL AÑO 1935

AÑOS	Natalidad por mil	Mortalidad por mil
1935	25,60	15,60
1936	24,27	16,38
1937	21,42	18,03
1938	18,97	18,38
1939	16,21	18,13
1940	24,09	16,30
1941	19,60	18,69

MORTALIDAD POR TUBERCULOSIS A PARTIR
DEL AÑO 1936

AÑOS	Tuberculosis pulmonar	Otras tuberculosis
1936	19.937	5.165
1937	23.305	5 854
1938	25.973	5.892
1939	25.277	5.885
1940	23.489	5.668
1941	26.663	6.146

MORTALIDAD POR TIFUS EXANTEMÁTICO A
PARTIR DEL AÑO 1936

AÑOS	Número de defunciones
1936	5
1937	10
1938	9
1939	12
1940	135
1941	1.640
1942	1.095

MORTALIDAD POR PALUDISMO

AÑOS	Defunciones
1936	168
1937	217
1938	299
1939	338
1940	526
1941	624
1942	801

MORTALIDAD POR DIFTERIA A PARTIR
DEL AÑO 1936

AÑOS	Defunciones
1936	1.100
1937	1.685
1938	2.777
1939	4.022
1940	3.171
1941	1.575

MORTALIDAD POR VIRUELA A PARTIR
DEL AÑO 1936

AÑOS	Defunciones
1936	2
1937	6
1938	6
1939	610
1940	679
1941	172

MORTALIDAD INFANTIL.—Fallecidos de menos de
un año por 1.000 nacidos vivos

AÑOS	Fallecidos de menos de un año por 1.000 nacidos vivos
1935	109
1936	109
1937	130
1938	120
1939	132
1940	113

Pero si dejamos aparte las enfermedades infecciosas, como causas de muerte, que actúan merced a las circunstancias excepcionales a que antes aludíamos, existen otras, quizá, menos aparatosas, pero más importantes por su acción que para muchos pasan inadvertidas por su acción lenta, tenaz y solapada, pero segura. A alguna de ellas vamos a referirnos.

Carestía de la vida. El problema de las subsistencias y la carestía de la vida ha tenido una inmediata trascendencia sobre la salud de nuestro pueblo. Y no es de ahora la cosa. La mortalidad de España a partir de las repercusiones de la gran guerra de 1914-1918 comenzó a aumentar y la cifra de natalidad a disminuir, de tal suerte que, mientras en el año 12 tuvimos una mortalidad de 21,07 por mil, en el año 20 había alcanzado la de 23,10. Causas idénticas, agravadas por circunstancias de todos conocidas, no podían por menos de producir efectos iguales. La carestía de la vida no puede solo considerarse como causa de enfermedad y muerte, sino que llega a crear un estado de cosas que tiende a neutralizar todo esfuerzo honrado que se haga por el progreso social, porque de nada sirve que se mejoren los salarios y sueldos, si un alza injustificada en muchos casos en el valor de los alimentos, de la vivienda, de los vestidos, etc., hacen tan insuficientes como antes, o más que antes los medios económicos con que cuentan las clases media y trabajadoras para atender a sus necesidades más imperiosas.

La alimentación insuficiente se refleja en un decaimiento de las fuerzas del individuo y en una degeneración de la raza. El organismo humano es una máquina viva que como la de las industrias, necesita de combustible para poder funcionar.

Los pueblos que por cualquier causa no pueden sostenerse con una ración alimenticia conveniente en calidad y cantidad, son pueblos que degeneran y cuya degeneración se manifiesta por una escasez de trabajo y producción, así material como intelectual; un aumento de la mortalidad, singularmente de la mortalidad infantil;

una disminución de la vida media y un estacionamiento de su civilización.

Hasta qué punto la deficiencia alimenticia de los pueblos ha contribuido a la decadencia de las razas y a su incivilización, es cosa impropia de tratar en esta ocasión. Lo que sí se puede decir es que la tan decantada sobriedad de muchos pueblos, estimada de ordinario como una virtud, es la expresión del hábito de no comer lo suficiente en el decurso de los siglos; es hambre a la fuerza.

Un aspecto interesante de la economía de las subsistencias es la falsificación y adulteración de las mismas, que alcanza su máximo precisamente en épocas de anormalidad y que procura enmascararse con el nombre de «sustitutivos».

No hay idea del papel que en la salud de la colectividad ejerce la adulteración de los alimentos que se consumen a diario y mucho más en aquellos organismos como los del enfermo y el niño que necesitan régimenes especiales. ¡Cuántas enteritis infantiles, cuántos raquitismos tardíos, cuántas vidas, en fin, cuesta el egoísmo y la codicia de los comerciantes inmorales que, aprovechándose de las circunstancias se dedican, más que nunca, a explotar al público por todos los medios reprobables!

Si las gentes conociesen bien los estragos que causan las alteraciones y adulteraciones alimenticias, no vacilarían en prestar una colaboración social que debe auxiliar a las autoridades, facilitando la averiguación de los fraudes y contribuyendo a que las sanciones penales se hagan efectivas, públicas y ejemplares.

Otro de los factores sanitarios influenciados por los conflictos mundiales, es la vivienda. Es un hecho por todos conocido que, en lo que va de siglo y quizá más en los años de la guerra del 14 al 18, en la post-guerra y aún más durante la actual, la población urbana ha sufrido un aumento considerable a expensas de la población rural. No queremos decir que estos conflictos sean la única causa, pero sí directamente la más importante y como coad-

yuvante también en otras que parecen secundarias. Sea como sea, el hecho es cierto y basta fijarse en los siguientes datos para darse cuenta de lo ocurrido en España durante los años comprendidos entre 1920 y 1940:

	<u>PROVINCIAS</u>	<u>CAPITALES</u>				
Año 1920.	21.337,381	4.074,335	=19,1	por	100	del Censo
› 1930.	23.563,831	5.087,941	=21,6	›	›	›
› 1940.	25.869,929	6.408,036	=24,4	›	›	›

Estas cifras dan idea del aumento de la población urbana a expensas de la rural y muchos creen que ello significa un timbre de gloria para las Capitales que han sufrido este aumento de población, como si fuera el exponente de su riqueza y bienestar.

Y es precisamente lo contrario, este enorme exceso de población ha determinado, la carestía de la vivienda y la insuficiencia de la misma y como secuela obligada el hacinamiento. Las familias que no cuentan con medios para seguir viviendo en una casa amplia y de condiciones higiénicas convenientes, se estrechan de habitación mudándose a otra más pequeña y de inferiores condiciones sanitarias y de este modo se llega poco a poco a un punto en que las gentes viven hacinadas y las familias en una promiscuidad y aglomeración incompatibles con la higiene y la moral.

Como si no fueran bastantes las causas seculares que determinan en nuestro país la insanidad de las casas en que viven muchas familias, se agrega ahora con motivo de la carencia y carestía de la vivienda, el hacinamiento y aglomeración de las gentes en viviendas estrechas faltas de aire y luz y en las condiciones más favorables al contagio de las enfermedades infecciosas y epidémicas.

La casa insana por acumulación y hacinamiento de los individuos constituye una de las principales causas de morbosidad y mortalidad de las poblaciones. El aire puro es más necesario a la

vida que los propios alimentos y sobre todo los pobres niños se marchitan como las plantas si les falta el aire y la luz del sol. Además la misma promiscuidad a que obliga el hacinamiento tiene la consecuencia de que compromete grandemente la moral y las costumbres, hasta el punto de haberse podido decir en este sentido un poco pintorescamente que la moral es cuestión de metros cuadrados.

Nos encontramos pues ante un problema que sino nuevo se viene agudizando de día en día; ya en el año 1928 en el cuarto Congreso Municipalista, el entonces Alcalde de Zaragoza Señor Allue Salvador, presentó una ponencia, cuya primera conclusión decía: «Existe en España un problema de la vivienda que, más o menos agudizado, reviste carácter general en la casi totalidad de las poblaciones españolas de regular vecindario.

En las grandes ciudades el problema es más grave, concretándose especialmente en la falta de viviendas sanas y económicas para las clases medias de la sociedad. Asimismo se advierte en las grandes ciudades escasez de viviendas higiénicas y baratas para las clases modestas.

El problema de la vivienda es el problema social por excelencia. Acaso ningún otro tiene mayor trascendencia para el bienestar de la sociedad».

Si esto se decía en 1928, considerar a que punto se habrá llegado en el momento actual, cuando las causas productoras del mal han seguido actuando en progresión creciente y el remedio resulta casi imposible por las circunstancias especiales por que atraviesa el mundo.

Algo se va haciendo dentro de lo posible, por remediar este estado de cosas, pero la labor ha de ser larga y dura y es preciso que las gentes se den cuenta de que asuntos de tanta monta, no puede ser el Estado el único llamado a resolverlos, tendrá su parte, si se quiere la más importante, pero es preciso la colaboración, aun aquellas que parezcan más insignificantes. A mi mo-

do de ver es preciso no limitar el asunto, concretándolo a problemas de urbanismo que afecten aunque sea a todas las Capitales españolas, extenderlo hasta el pueblo más pequeño, mejorando en lo posible la vida dura y triste de nuestros campesinos y quizá el mal atacado en su origen tenga más fácil remedio.

Vamos a tratar de otro punto que a mi juicio afecta al estado sanitario de nuestro país quizá tan extensamente como los anteriormente expuestos, pero de efectos más intensos y sobre todo más rápidos, pues no se limita a obrar solo por sí, sino que es con causa de todos los factores que tienen influencia sobre la salud. Me refiero al straperlismo; quizá algunos crean que el tratar este asunto son ganas de dar una nota de humorismo, será un humorismo trágico, y quien no lo entienda, es que observa la realidad de la vida desde la superficie, sin ahondar en la entraña del mal, o la mira desde el cómodo punto de su egoísmo personal o es que no vé más allá de sus narices.

El straperlismo estudiado desde el punto de vista de la Higiene es una enfermedad social que tiene una grandísima importancia, pues al igual que otras enfermedades de tipo social, como la Tuberculosis, Sífilis y alcoholismo, no limita su acción a ser causa fundamental de enfermedad, sino que es una magnífica colaboradora de todas las causas morbosas, para así mejor dejar sentir sus efectos.

Como tal enfermedad tiene sus capítulos perfectamente definidos: Historia, Etiología, Patogenia, Sintomatología, Diagnóstico, Epidemiología, Profilaxis y Tratamiento.

A todos ellos nos referiremos, aunque sea un cuadro abocetado: la historia de esta enfermedad es seguramente tan antigua como la humanidad, siempre que las calamidades hacían su aparición sobre el globo, surgía esta enfermedad, una veces con carácter epidémico, otras pandémico, según la extensión del mal. Seguramente las prescripciones sanitarias en materia de alimen-

tación dictadas por Moisés, primer higienista de quien se conservan datos fehacientes, fueron hechas para atajar el mal.

Desde entonces hasta nuestros días, no ha habido guerra, peste o calamidad pública de cierta extensión, en que la enfermedad no haya hecho su aparición.

El agente productor tiene un carácter difusivo verdaderamente extraordinario, y su poder de contagio afecta a todas las clases sociales, librándose solamente de él, aquéllos cuyos valores morales se hallan exaltados.

Su polimorfismo le permite actuar de tan varias maneras que sus efectos son enormes, el acaparamiento, la ocultación, el fraude, la elevación desorbitada de los precios de todos los elementos necesarios para la vida, son mecanismos de actuación asentados sobre el egoísmo, la codicia y una falta total y absoluta de conciencia cristiana. No podemos admitir de ninguna manera el argumento que como exculpación manejan algunos, conscientes del mal que realizan, de que en ellos no es más que una acción defensiva contra el mal que se ha generalizado. Los efectos de este mal social son incalculables, no es sólo la acción que sobre el individuo ejerce, al hacerle casi imposible la vida con el cortejo obligado de enfermedades y muertes, con la depauperación lenta y segura que trae aparejada la degeneración de la raza, sino que su acción afecta a todos los resortes vitales de un país, las industrias, la construcción, todo lo que significa trabajo, mejora, progreso, se ve agarrotado por el Straperlismo que, como una serie infinita de cadenas sin fin perfectamente enlazadas, o como enorme tela de araña que llega a los más escondidos rincones, nos va envolviendo y amenaza con la axfisia.

El diagnóstico es fácil, pudiéramos decir que del dominio público, pues todo el mundo sabe que los grandes conflictos mundiales siempre han sido el reactivo para poner en evidencia las malas pasiones humanas.

Con ser tan extenso el campo de acción de esta plaga social,

no limita sus efectos al aspecto puramente material de la vida, llega a más, afecta a cuestiones de índole moral que la Higiene no puede silenciar y que es preciso poner de manifiesto y exponer con toda crudeza, aun a trueque de que nos tilden de moralista barato. Por otra parte, están tan íntimamente ligados los efectos de una y otra causa, es tan difícil señalar cuándo acaba uno y empieza otro y más aún cuál es la causa y cuál efecto, que justifica plenamente que se aborde el problema, aunque sea de modo superficial.

Efectivamente, el straperlismo con su cortejo de participantes de mayor o menor cuantía, irrumpe en los diversos medios sociales según las categorías y sin tener en cuenta que en la vida, como en la Química, las combinaciones se rigen por leyes perfectamente establecidas.

Esta intromisión que trae aparejada una subversión de valores morales, al admitir como buenos a gentes que solo a fuerza de falta de conciencia, de egoísmo y de codicia han logrado amasar una fortuna sin reparar en los medios que para conseguirla han empleado, crea necesariamente un clima moral, artificial e insano.

En momentos como el actual en que la austeridad y la modestia debían ser las normas a seguir, veréis como la humanidad derrocha locamente su dinero, en espectáculos, modas, alcohol y en otras cosas verdaderamente supérfluas; y esto no es más que el contagio straperlista que derrocha a manos llenas un dinero que, como siempre que ha sido ganado poco honradamente y sin esfuerzo, cuesta también poco el gastarlo.

Este clima artificioso e inmoral trae, como consecuencia, una relajación de costumbres y la adquisición de ciertos hábitos que no quiero pasar en silencio porque, al fin y al cabo, tienen repercusiones sanitarias de mayor o menor importancia.

Aludía anteriormente, entre otras cosas, a la moda y al alcohol como factores externos que nos permiten apreciar sensiblemente el estado actual de nuestra sociedad. Nadie que me conozca po-

drá tacharme de puritano intransigente en la materia, pero del justo medio donde se dice radica la virtud al estado actual de cosas media un abismo. Bien está la moda cuando ella tiene por finalidad realzar la belleza propia de la mujer, pero de ahí a aceptar como buena una moda procaz, antiestética, y antihigiénica, es no tener concepto de la dignidad social; y he dicho antihigiénica, porque higiene es salud, fuerza y belleza y lo antiestético, por el mero hecho de serlo es antihigiénico.

Otro aspecto más interesante de esta cuestión social, es la observación de que en los periodos bélicos y en las post-guerras queda como hábito adquirido el consumo de alcohol en cantidades muy superiores a las que se consumían en épocas normales y si este hecho es un mal tolerable en aquellos que adquirieron el hábito, obligados por las duras necesidades de la vida en campaña, no puede permitirse en los demás que, solo por ridícula imitación, por seguir una costumbre puesta en boga y que ha dado en llamarse elegante y distinguida, consistente en ingerir brevajes exóticos, tengamos que llegar a sufrir las terribles consecuencias del alcoholismo.

En nuestro país constituye materia de observación no solo el aumento global en el consumo de alcohol, sino su distribución en las diversas categorías sociales y edad de los consumidores.

España no fué nunca un país de alcohólicos, país, si queréis, de borrachos, pero el borracho no siempre es alcohólico y además, la bebida que en el noventa por ciento de los casos produce la embriaguez, es el vino. Sus efectos no pueden compararse con el de esas bebidas destiladas y con esencias que, con el nombre genérico de cok-tails, tan de moda se han puesto. Siempre se ha tenido por norma que la embriaguez predominaba en las capas sociales inferiores y era tanto menor cuanto más nos elevábamos en la cultura y bienestar social.

Ahora se observa el hecho de que son las clases privilegiadas y la llamada clase media, las que han aumentado este consumo,

que son las juventudes las culpables y lo que es más grave, que en la mujer también ha prendido este contagio, que el alcoholismo no solo es hereditario sino también contagioso.

Contra este estado de cosas es preciso luchar con todos los medios, que las gentes entiendan que el alcoholismo es un mal tan grave, que ya el célebre estadista inglés *Gladstone*, escribía que el alcohol hacía más estragos que la peste y la guerra juntos.

Que si se suma lo que el alcohol cuesta a una nación en despilfarros de generos de primera necesidad (uva, cereales, frutos azucarados) que aprovechan solo para la producción de alcohol; lo que cuestan los alienados, las vidas humanas prematuramente sacrificadas, los residuos hereditarios, los perturbadores y los criminales de los que el alcohol fué el eventual propulsor, se obtiene al final una cifra de millones junto a la que los gastos de cualquier naturaleza resultan irrisorios. Un hecho es evidente: el alcohol se reparte los despojos de la humanidad con la sífilis y la tuberculosis y el alcoholismo es el prototipo de las grandes intoxicaciones que comenzando por el individuo se extienden inmediatamente a la familia, a la nación y contaminan al mundo entero, resultando verdaderas pandemias universales. Por otra parte progresivamente invasor y agravado tras muchas generaciones, el alcoholismo es una enfermedad de la raza y de la especie que se puede considerar en la actualidad con tendencia al paroxismo. Ha llegado casi a no tener interés el estudio del alcoholismo individual, tanto se borra el mal de la unidad ante el muy extraordinario peligro que corren a la par las colectividades y la civilización.

Al llegar a este punto no podemos por menos de salir al paso de la pretendida necesidad innata y fisiológica del excitante.

Las necesidades cada vez más fáciles de excitar, son una fuerza a la que las víctimas sucumben sin resistencia, a las incitaciones de la hábiles ofertas del comercio, que por lo demás goza de todos los honores y de todas las tolerancias, como es de

justicia, puesto que su esencia perniciosa, por completo ignorada de los mejores, se ha cambiado en pretendida utilidad bienhechora.

Porque el prejuicio y el error se han unido al paso a remolque de la antigua prudencia, que no es más que una colección de peligrosas creencias. Existen pocos productos del industrialismo humano que, como el alcohol, haya reunido en su favor más funestas sutilidades desde el tiempo inmemorial en que, simple narcótico pasajero, trastornó algunos cerebros, hasta los días más próximos a nosotros, en que fué elevado a la altura de alimento y comprometió, con esta capa de error, hasta el destino de los pueblos. Las herejías más estupendas se han acumulado en su honor. El más esparcido veneno étnico ha llegado a ser por la fuerza de la costumbre un artículo alimenticio indispensable, que nadie piensa discutir, que nadie osaría señalar como usurpador de una función fisiológica que él no posee.

La ciencia misma, uno de cuyos ojos está perpetuamente cerrado, está, por su parte, más preocupada de la justificación que de la verdad pura, con los mismos títulos que la industria y el comercio; y merced al gran acumulo de sofismas y de esfuerzos es como, alejándose cada vez más de los verdaderos orígenes del mal, la ciencia humana, creando excusas al implacable enemigo de la humanidad, se esfuerza en consolidar los peores prejuicios. Bajo tal bandera, el no bebedor de alcohol, pasa por un ser original o por un fenómeno y las reacciones contra los errores cien veces seculares son acciones calificadas de locuras y de fanatismo. Por una curiosa deformación de los espíritus y de los hechos, el abuso es la abstinencia del alcohol y no la manía de envenenarse.

Prácticas con frecuencia muy respetadas y protegidas, a pesar de su evidente peligro, no tienen otra base que las falsas interpretaciones integralmente transmitidas por las generaciones, que escapan a la comprobación del buen sentido y gozan de gran au-

toridad, como si fueran palabras del Evangelio. Son otros tantos principios intangibles que no tienen más título para vivir que un empirismo ciego, tan viejo como el mundo. Desde este punto de vista, el alcoholismo es la enfermedad más monstruosa que la historia del hombre nos ha dado a conocer. En vano se acumularían los desastres reunidos de todas las guerras, no serían nada junto a los gigantescos despilfarros ni las hecatombes que fueron el privilegio del Moloch sonriente, al que el siglo xx sacrifica todavía de buen grado.

Esta inmensa aberración se confunde con la historia misma de los pueblos, porque la psicología del hombre en todas partes es la misma.

Es absolutamente falso que exista una necesidad de excitante inherente a la especie, noción fatalista, singularmente funesta, porque esterilizaría ante tal aserto todo esfuerzo curativo. Las explicaciones justificativas de la alcoholatría proceden todas del mismo error inicial de observación. Son, por lo demás, de una extraña complacencia. Según las regiones, según las latitudes, según los medios, se pretende encontrar en el alcohol las virtudes más contradictorias y su reputación de panacea, hace más reverencia a la loca de la casa que al rigor experimental de la experiencia o del laboratorio. En el Norte, el alcohol triunfa del frío. En el Mediodía, mitiga los rigores del calor. Agente excitante aquí, allí deprime. En las templadas, apropiadas para la sencilla moderación, las virtudes del alcohol han tomado todas las formas inspiradas por la fantasía, la moda, el interés o la gula.

¿Cuánto hay que lamentar que el sabio, en este desbordamiento de necesidades, no haya sabido conservar siempre la hermosa serenidad, a la que por definición parece consagrado.

Quizá nos hayamos apartado un poco de la idea fundamental del tema con esta digresión sobre el alcoholismo, que siempre sería insuficiente dada la importancia del asunto, y es que la pluma se desborda al observar que en lo que va de siglo la civiliza-

ción ha trabajado terriblemente contra la salud del individuo y la de la raza. Esto se ve claramente en la relativa vitalidad de las multitudes hacinadas en las urbes, en la disminución del poder fecundante y reproductor de los matrimonios, en la disminución de la natalidad, en el aumento cada vez mayor de locos, criminales y débiles de espíritu. El que penetra en la vida de las grandes ciudades llega a pensar que esta moderna civilización está preparando y tejiendo su propia decadencia.

Vamos a tratar aunque brevemente del capítulo final que hace referencia a la previsión y remedio de estas plagas sociales. Desde luego es fácil de comprender que intentar tratar de ello con detalle, nos obligaría a redactar un tratado de Higiene social, por tanto nos limitaremos a esbozar los puntos fundamentales.

Es un hecho inconcuso que en todas las enfermedades de carácter social, no lo es todo la intervención del Estado y de los técnicos, será si se quiere la más importante porque a ellos corresponde el control y la dirección, pero el fracaso será seguro si actúan aisladamente, porque es imposible tocar uno de estos problemas, sin tocar los de la industria, de la moralidad, de la herencia, en una palabra, sin ocuparse del problema social entero. Es preciso que sea la Sociología Médica la que estudie las relaciones íntimas, de los aspectos físicos con los espirituales de la vida humana.

Justo es reconocer que en las alturas se preocupan por estos problemas, pero también es preciso confesar que en nuestro país no hay el ambiente ideológico que como precursor ineludible es necesario para que tengan un pronto efecto las reformas médico-sociales. Aquí los grandes problemas sanitarios no interesan a las gentes en el grado que fuera menester. Vivimos bajo la influencia ancestral de cierto fatalismo árabe, que cree en la acción providencial de las causas que determinan las enfermedades y la muerte. Por otra parte las gentes no tienen concepto claro y definido del derecho y delito sanitario, con la clara evidencia por

ejemplo, que comprenden el derecho de la propiedad y la pena que debe sufrir el que se apodera de lo ajeno. La razón de este hecho es que así como el derecho de propiedad comprendiendo en el, no solo la posesión de las cosas, sino el valor del trabajo del hombre, ha llegado a penetrar en el cerebro de las gentes en el transcurso de los siglos hasta el punto de formar en el pensamiento colectivo un concepto abstracto o metafísico perfectamente estable y fuerte; en cambio el derecho a la salud y a la vida que es en orden jerárquico el primer derecho natural y que socialmente ha nacido del hecho de que la enfermedad y la muerte es un fenómeno muchas veces evitable por la intervención impositiva del Estado sobre el individuo, es un concepto nuevo de fecha relativamente reciente y del cual la mayor parte de los individuos no tienen una idea objetiva, clara e intensa y mucho menos categoría de abstracción metafísica como la que poseen de otros derechos tradicionales o históricos. Esto como es natural se traduce en una falta de colaboración social que si no impide, dificulta en extremo la realización de las reformas sanitarias. No basta que la Ley esté escrita en los códigos del país sino incorporada a la conciencia jurídica de los ciudadanos y eso es por desgracia lo que falta en nuestra Nación.

El único modo de alcanzar que estas ideas penetren en el cerebro de las colectividades hasta llegar a crear en ellas las raíces que exigen su realización en la vida, es por la propaganda y vulgarización de estas verdades, haciendo que todo conocimiento que se relaciona con la conservación de la salud de los individuos y de los pueblos sea enseñado en todas formas y por todas partes, singularmente en las Normales y Escuelas primarias, donde la Higiene debería ser enseñada con el mismo fervor con que lo son por ejemplo las ideas religiosas ya que la higiene para el hombre debiera ser considerada como la religión del cuerpo, de la misma manera que la religión propiamente dicha no es otra cosa que la higiene del alma.

Sobre estas dos bases fundamentales (colaboración social y cultura sanitaria) deben de asentar todas las medidas que en cada caso particular deben implantarse. Y como no es cosa de hacer mención de las mismas sopena de desvirtuar el espíritu del tema, hacemos punto final y podeis asegurar que si los frutos que se obtengan estuvieran en relación con el buen deseo que lo ha guiado, aunque no fuera más que en una mínima parte todos podríamos darnos por satisfechos.

He dicho.

5135 21299

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA



6404236621

115835662